

---

# La Revolución Islámica Irán 1979

Uno de los resultados no previstos de la Guerra Fría fue la aparición del factor religioso como forma de superar el conflicto bipolar entre capitalismo y comunismo. La opción alternativa al capitalismo se tradujo en procesos revolucionarios guiados por los principios del marxismo-leninismo, que se concretaron en países con fuertes dictaduras de partido. Mientras tanto, la opción de los países capitalistas se movió entre dictaduras con contenidos reaccionarios o en democracias representativas.

Ninguno de los modelos que competían a escala mundial era capaz de garantizar los derechos humanos, aunque en países con sistemas capitalistas se vivió en democracia, garantizando las libertades y los derechos fundamentales y construyendo el Estado del bienestar. Dentro del espacio capitalista se crearon dictaduras represivas, y no en todos los casos hubo un desarrollo económico acorde con el bienestar, y sí con la explotación de recursos naturales y mano de obra barata.

Antes de la caída del Muro de Berlín (1989), fecha en la que podemos considerar el fin de la Guerra Fría, se sucedieron durante la década de los setenta y ochenta del siglo pasado acontecimientos que mostraban el agotamiento de la dinámica bipolar, el creciente desprestigio de la opción revolucionaria (pese a que en 1979 triunfase en Nicaragua), la cada vez mayor inestabilidad de los países del bloque socialista (caso de Polonia) y la crisis estructural e imparable de la Unión Soviética.

No fue un conflicto único lo que puso fin a la Guerra Fría, sino un cúmulo de conflictos que colapsaron el mundo socialista. Aunque se pudiera pensar en la existencia de un vencedor, los Estados Unidos, la nueva etapa se constituía con importantes incertidumbres para el futuro, algunas de las cuales ya se habían consolidado, como fue el caso de Irán tras el triunfo de la Revolución Islámica de 1979.

La dictadura del sha Mohammad Reza Pahlaví había sido propiciada y apoyada por los Estados Unidos con el fin de controlar una zona geográfica clave con inmensos recursos energéticos. Los Estados Unidos sustituyeron a las viejas potencias coloniales (Gran Bretaña y Rusia), tratando de impulsar un proceso de desarrollo económico y social, con la ausencia de democracia y utilizando fuertes sistemas represivos para impedir el progreso de movimientos políticos de naturaleza reformista o comunista. Al igualar a ambos, incurrió en el error de impedir una transición hacia la democracia tras la caída del sha. La política de la Casablanca fue ciega al amparar movimientos anticomunistas por encima de todo, lo que condujo a errores tan significativos y duraderos en el tiempo como Afganistán o Irán.

Lo llamativo de lo sucedido en este último país fue que el recambio vino de la mano de un movimiento religioso, fundamentado en la teocracia y en la tradición que nos retrotraía a tiempos pasados. Pero no fue un hecho puntual, sino que con el tiempo,

se constituyó como una alternativa a la «lucha de clases», extendiéndose por todo el mundo. Este hecho situó en primer plano el conflicto entre «civilizaciones», como lo expuso Samuel H. Huntington, adquiriendo la religión un papel protagonista que entendíamos superado con los procesos de secularización iniciados por la Revolución francesa y las políticas de modernización social. Por cierto, el mundo católico tampoco fue ajeno a ello con el creciente intervencionismo del papa Juan Pablo II en la crisis de algunos países comunistas.

La llegada al poder del ayatollah Ruhollah Jomeiní puso fin al Gobierno provisional que se había constituido en Irán tras la huida de Reza Pahlaví, abriéndose un periodo revolucionario marcado por una dinámica de doble poder entre el clero chiíta, apoyado por sectores de la población y los representantes del antiguo régimen, con la colaboración de núcleos de las fuerzas armadas, en proceso de descomposición interna.

El nuevo régimen político de naturaleza teocrática utilizó el antimperialismo (crisis de los rehenes y ocupación de la Embajada de Estados Unidos) como forma de legitimación, y tras la invasión de Irak logró consolidarse utilizando a los «mártires» y el nacionalismo como elementos constitutivos de la nueva nación, rompiendo así de forma revolucionaria con el pasado más inmediato.

El cambio político no siguió un camino hacia la democracia, sino todo lo contrario. El control de las instituciones por dirigentes religiosos, las limitaciones en la participación de los ciudadanos en la toma de decisiones, unido a una constante y eficaz política represiva contra los opositores (muerte, tortura, exilio), convirtiendo a Irán en una inmensa cárcel, en la que más de la mitad de la población, especialmente en el caso de las mujeres, era humillada y marginada. La regresión social y el control sobre la población indicaban signos inequívocos de un camino hacia el totalitarismo.

No nos debe de hacer dudar de esta calificación la existencia de instituciones que dicen ser representativas, pues no lo son; ni el conflicto interno entre el clero reformista o neo-conservador. Aunque es cierto, que al ser la sociedad iraní muy compleja, con niveles de formación adquiridos al margen del corsé religioso, aparecen respuestas críticas, un tanto desordenadas, en ámbitos intelectuales como en el cine o en la literatura, pese a que los más destacados tuvieron que huir del país para poder garantizar su seguridad personal.

A. S. C.

